

LA JUVENTUD LITERARIA

SE PUBLICA LOS DOMINGOS

Año IV.

Domingo 22 de Mayo de 1892.

Núm. 109.

SUSCRICION: En Murcia, 50 cts. al mes. Fuera, 2 pesetas trimestre.—Anuncio-tarjeta y periódico 1 pta. al mes.

Redacción y Administración

APÓSTOLES 11. BAJO.

Colaboradores todos los suscritores. La correspondencia al director. Número suelto 15 céntimos.

La Juventud Literaria.

EL CASTILLO DE GALBOURU.

I.



Los condes de Galbourú, existieron á mediados del siglo XVII.

D. Gonzalo de Lombeira, era el último descendiente de los Condes, y por lo tanto poseedor del título y de los bienes de sus antepasados.

La muerte del conde fué un misterio. Una tarde, cuando Alberto—su criado—caminaba hacia el castillo, se encontró á su amo cosido á puñaladas junto á las inmediaciones del suntuoso edificio.

Desde entonces, á eso de las diez de la noche, aparecen fantasmas y trasgos que cruzan á través de los espesos muros; y ruidos tan extraños se oían, que la jente de aquellos alrededores estaba aterrorizada.

La fortuna del conde pasó á un su primo; menos el castillo que lo abandonó, porque creía que Gonzalo era un fantasma de los que lo ocupaban, y que todo lo dejaba en la misma forma que cuando vivía para que no se le molestase con fantásticas apariciones.

II.

Aurelio era un muchacho de unos diez y ocho años, hijo de Alberto, criado que fué del conde de Galbourú, el más valiente y conquistador de todos los de la comarca.

D. Enrique de Landa, tenía una hija tan rica en hermosura como en posición y virtudes; era la futura de Aurelio.

Julia—que así se llamaba—lo quería con toda su alma, y él la correspondía del mismo modo; pero como no hay felicidad completa, los padres de la jóven se oponían enérgicamente á esos amores, distanciados desde la cuna.

Ella, era hija de un mayorazgo, de un noble.

Él, de un criado, de un plebeyo.

III.

Han pasado diez y seis meses. Aurelio ha cumplido diez y nueve años, y Julia cuenta diez y ocho.

Los dos sostienen sus relaciones clandestinamente, y se aman con delirio; y burlando la vigilancia de los padres de Julia, han podido verse y estrecharse ambos corazones por un fuerte abrazo.

A Aurelio le era vergonzoso seguir por más tiempo en esa anormal situación, y decidió ver á los padres de su amada.

IV.

Todo cuanto hizo Aurelio por conseguir la entrevista con los padres de Julia, fué inútil.

Se pasaron dos semanas sin poderla ver, cuando recibió una carta de ella en la que le decía:

«Mi inolvidable Aurelio:

Esta noche á las diez te espero junto á el castillo de Galbourú.

JULIA.

V.



Aurelio al leer la carta una y mil veces, rebotó de alegría, y recordó que su padre tenía las llaves del castillo, que era

el mejor sitio que podía disponer para ocultar sus amores.

En efecto, tomó las llaves, y se dirigió á el castillo.

Abrió la puerta principal, subió las escaleras y atravesando oscuras galerías entró en un lujoso salón; á su derecha estaba la alcoba de D. Gonzalo de Lombeira, magníficamente puesta.

Cuando reconoció todo el castillo, se retiró esperando á que llegase la hora deseada.

VI.

Aun no habían dado las diez cuando Aurelio encontró en el sitio indicado. En esto

oyó una voz dulce y melodiosa que le decía:

—¿Eres tú Aurelio mío?

—Sí, mi Julia adorada.

—Ya sabes lo que ocurre.—Dijo Julia.

—Lo sé todo, pero ya somos libres, y dentro de poco serás mía ante Dios y los hombres.

—Eso deseo, ¿pero adonde me vas á llevar?

—Allí, pues tengo una cámara dispuesta para nosotros.

—¿A el castillo?

—¿Sí? ¿De que te asombras?

—¿No sabes que desde que murió el conde.....?

—Dejate de cuentos de niños, si tienes miedo yo te llevaré—y diciendo esto, la cogió en sus brazos, y cuando estaba cerca del castillo oyó unos ruidos tan extraños y unos golpes tan grandes que se detuvo.

—¿Lo ves!..... ¡No te lo decía!..... observó Julia.

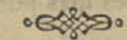
—¡No! Pues antes tengo que convencerme.—Y sacó la llave para abrir la puerta, cuando Julia deteniéndole exclamó:

—¡No abras Aurelio mío!

—¡Pues he de abrir, y juro á Dios que como no sean fantasmas, se han de acordar de mí!

Julia no pudo detenerlo, y al oír el ruido de los goznes de la puerta, cayó desmallada. Aurelio penetró en el castillo y ¡oh! sorpresa, los fantasmas eran..... un gato y una gata que estaban en amantes coloquios.

RAMON BLANCO.



LA RISA.

Un observador ha descubierto que la risa se divide en varias categorías. Hay la risa A. E. Y. etc. etc.

De modo que, según dicho observador, cada risa corresponde á un estado moral particular. Las personas que ríen en A. son francas, leales, amantes de ruido y movimiento y á veces de su carácter voluble y versátil. La risa en E. es propia de los fle-máticos y melancólicos. La risa en Y. es la de los niños y personas cándidas, serviciales abnegadas, tímidas y poco resueltas. La risa en O. indica la generosidad y el valor. Por último se debe evitar á los que se ríen en U. porque son misántropos.

